Regreso de la Sagrada Familia
(Mt 2, 19-23; Lc 2, 39-40).

Muerto Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, y le dijo: Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre, y vete a tierra de Israel; porque han muerto los que querían quitar la vida del Niño.

Él se levantó, tomó consigo al Niño y a su Madre, y partió para la tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió llegarse allá; pero avisado en sueños, se retiró a la parte de Galilea, y habitó en su pueblo Nazaret, para que se cumpliera lo que estaba dicho por los profetas, que sería llamado «Nazareno».

¿Cuánto tiempo permaneció la Sagrada Familia en Egipto?

–Como un año –dice el padre Urrutia–, aunque se ha dicho que desde varios años hasta sólo unas semanas. Ciertamente tuvo que volver antes del año 6 a. C. porque ese año fue desterrado Arquelao por su crueldad, a petición de los judíos, y Judea pasó a ser gobernada por procuradores romanos. Sí debió ser después del otoño del mismo año que fuera el 4 a. C., ya que entonces volvió Arquelao de Roma confirmado en el poder. Tampoco sería mucho después, porque San José no se había enterado todavía de esto.

Una vez que la Sagrada Familia se estableció de nuevo en Nazaret, a San José no le faltaría el trabajo, pues como ya lo conocían bien, sabían que era un buen trabajador.

En Galilea gobernaba otro hijo de Herodes. Herodes Antipas, que el año 40 fue desterrado a Lyón, Francia. Hacia el año 20 fundó junto al lago de Genesaret, Tiberiades, llamada así en honor de Tiberio a donde fue a vivir: Antes vivió bien cerca de la Sagrada Familia, en Séforis, a 4 kilómetros de Nazaret. Éste era un pueblo insignificante, nunca nombrado en el Antiguo Testamento, Nazaret quiere decir flor, nazareno es por tanto florido o tallo de flor.

Según el historiador Flavio Josefo, «Herodes el perseguidor de Jesús y asesino de los inocentes, tenía llagado el vientre y sentía un fuego interior que le abrasaba las entrañas, lleno de gusanos, despedía un hedor insoportable. Encarceló a todos los principales del reino y ordenó que a su muerte los matasen a todos a fin que nadie se alegrase; pero esto no se ejecutó».

La Sagrada Familia desde Nazaret viajaba todos los años en peregrinación para celebrar la Pascua en Jerusalén y adorar a Dios en el sagrado Templo.

El Niño perdido (Lc 2, 41-45).

Iban sus padres todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron según la costumbre de la fiesta. Una vez terminados los días, al regresar ellos, se quedó el niño Jesús en Jerusalén sin que lo notaran sus padres. Creyendo que iría entre la caravana, anduvieron camino de un día, y al buscarle luego entre los parientes y conocidos, y no encontrarle, volvieron a Jerusalén en busca de Él.

«Los varones israelitas –comenta el padre Urrutia– cumplidos los 13 años tenían obligación de subir tres veces al año al Templo. Si estaban lejos sólo subían en Pascua. Las mujeres solían acompañarlos por devoción. Los jóvenes antes de los 13 años ¡van ya!; quizá no era el primer año que llevaban a Jesús. Los antiguos, por su forma de contar los años, decían tener doce años cuando ya habían cumplido los once. Por tanto, según nuestro modo de hablar, Jesús tenía 11 años.

Si en la caravana iban separados los hombres de las mujeres, y los niños podían ir como quisieren, ya con el padre o ya con la madre, es muy fácil despistarse y no darse cuenta con quién venía Jesús.

Como pasa a veces en la vida espiritual, Cristo Jesús, en sus misteriosos designios santificadores, quiso que sintieran su falta la noche oscura. También para ejemplo nuestro, consideremos la diligencia que pusieron en encontrarlo: después de toda una jornada de camino, sin descansar volvieron a Jerusalén. Ni descansarían mucho aquellos tres días de angustia...».

San Alfonso de Ligorio, escribe: «El Apóstol San Jaime escribió que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia. Habiéndonos dado el Señor a la Virgen María por modelo de perfección, fue preciso que la colmase de penas, para que así –pudiésemos admirar en Ella e imitar su heroica paciencia. El dolor más grande que la divina Madre sufrió en su vida fue la pérdida de su Hijo, al que amaba infinitamente más que a su alma... ¡Consideremos ahora la inquietud y tristeza que experimentaría esta afligida Madre durante, aquellos tres días en que por todas partes preguntaba por su Hijo, sin hallar noticias de Él, extenuada por la fatiga sin poder hallar a su amado! Por lo cual añade Orígenes que siendo tan grande el amor que María tenía a su Hijo, sufrió más perdiendo a Jesús de lo que cualquier mártir haya sufrido en su muerte» (Glorias de María, II).

Y añaden algunos que este dolor fue el mayor dolor que sufrió María, porque en los demás dolores estaba Él siempre a su lado; pero aquí no sabía dónde estaba, ni sabía qué era lo que le pasaba.

¿Han visto a nuestro hijo?

Jesús es hallado en el Templo
(Lc 2, 46-52)

Al tercer día lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y pregúntándoles. Cuantos le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. Al verle quedaron atónitos, y su Madre le dijo: «¡Hijo! ¿Por qué has hecho así con nosotros? Mira, tu padre y yo, llenos de pena, andábamos buscándote». Él respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debía estar en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les dijo. Bajó luego con ellos, fue a Nazaret y les estuvo sujeto. Su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres».

Bajo los pórticos del Templo había una aglomeración de personas, cosa muy frecuente. Eran los doctores de la Ley que enseñaban rodeados de un numeroso público. María y José se aproximaron y allí vieron al Niño en medio de los doctores, preguntando a todos. Estos sabios estaban admirados de la exactitud en las respuestas de Jesús. Hablaban con Él y le preguntaban. Se podía decir que habían cambiado los puestos: los que enseñaban –a quienes se llamaban rabinos– parecían los alumnos de este Niño extraordinario.

Así le encontraron María y José después de mucho buscarlo. Lo primero que debió pensar María fue: ¡Jesús no nos ha perdido, sino que nos ha abandonado! A este pensamiento, mientras se acercaba a Jesús, correspondieron sus palabras: «¡Hijo! ¿Por qué has hecho esto con nosotros? ¡Tú padre y yo te hemos buscado llenos de dolor!»

A pregunta tan natural de su madre, Jesús respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?»

María con el corazón dolorido, no comprendió del todo estas palabras, pues no había tenido ninguna revelación extraordinaria sobre el modo de proceder con Jesús.

Retorno a Nazaret

Después de este hecho, Jesús se dejó llevar por su padre –Tutor– José. Podemos pensar que Jesús sintió pena por dentro ante tantas horas de desasosiego de María y José. María seguro que se consideraría muy dichosa de volver los tres juntos a Nazaret: pues Él habría podido continuar la separación quedándose en Jerusalén. Mas aun no había llegado su hora de manifestarse...

Ellos no comprendieron de momento sus palabras. Jesús, Hijo de Dios, era un misterio indescifrable para ellos; era una incógnita que les trascendía.

Jesús aprende el oficio de carpintero

En el Evangelio hay dos versículos: el primero de San Mateo, por el que se considera a Jesús «el hijo del carpintero» (13, 55). y el otro es de San Marcos, en el que se dice: ¿No es éste el carpintero, el hijo de María... (6, 3).

Yo entiendo por estos dos versículos, primero que Jesús fue aprendiz de carpintero en vida de San José, y que luego fue carpintero consumado cuando habiendo muerto San José se hizo Él cargo de la carpintería y la desempeñó hasta los treinta años en que tuvo que empezar su misión salvadora a la que había venido a este mundo.

Desde los doce años, María todavía lo tendría junto a sí durante bastante tiempo. En la casa de Nazaret, la vida de la Sagrada Familia se reanudó con normalidad. Jesús ya era un muchacho y, por tanto era normal que trabajara. Y aunque el Evangelio no nos dice nada al respecto, es natural que Jesús aprendiera el oficio de José. Aprendió de su padre adoptivo la manera de encolar sólidamente la madera, de sacar bien las escuadras y de terminar perfectamente los trabajos.

En Nazaret el oficio de carpintero estaba muy bien visto. José hacía desde baúles y armarios hasta yugos y arados para trabajar con los bueyes.

Jesús mientras fue joven escuchaba atentamente los consejos de José y se fijaba en cómo trabajaba para imitarlo. Poco a poco fue cogiendo habilidad en el oficio, lo cual era una alegría para todos.

Jesús contaba a María sus progresos en el oficio. Ella se alegraba al verlo tan feliz.

Viendo endurecerse las manos de Jesús por el manejo del martillo y la sierra, ella comprendía mejor la grandeza del trabajo humano y ofrecía sus naturales ocupaciones de cocinar, coser, lavar y acarrear agua de la fuente, en unión con el trabajo manual del Salvador.

Jesús acompañó y obedeció a su Madre hasta los 30 años, como hijo obedientísimo a su queridísima Madre. Y de esta sujeción y obediencia podemos sacar la humildad del Hijo y la excelencia de la Madre. Porque no puede haber humildad más profunda que sujetarse y obedecer Dios a su criatura; ni mayor grandeza y soberanía que mandar la criatura a Dios.

Pero Jesús no solamente obedecía a su madre, sino también a San José. San José dirigía la carpintería y le decía lo que hay que hacer. Jesús le obedecía, pero cuando ya llegó a saber más que José el mismo San José preguntaba el parecer de Jesús.

Gloriosa muerte de San José

La Santísima Virgen fue elegida por Dios desde la eternidad para que fuera la Madre de su Hijo.

Dios que desde siempre ha sabido todo lo que va a suceder, ya sabía que la Santísima Virgen iba a ser la más pura y la más santa de todos los santos; por eso la predestinó para que fuera la Madre de su Hijo, que tenía que hacerse hombre para venir a este mundo a redimirnos y a enseñarnos el camino del cielo.

Por eso la Santísima Virgen ya fue concebida santa y limpia de todo pecado; y como dicen algunos doctores, ya nació conociendo a Dios y llena de gracia, que Ella aprovechó para amar cada vez más a Dios, ofreciéndose su esclava y haciendo en todo momento lo que entendía que era más agradable a Dios.

Su oración era continua, y su trato con Dios íntimo y constante por lo cual, desde muy niña hizo voto de perpetua castidad, por conocer que la virginidad era del total agrado de Dios.

Pero Dios que la había elegido para que fuera la Madre de su Hijo, tenía que darle un marido, para que cuando el Niño naciera pensaran que era fruto del matrimonio y el pueblo no la castigara como mandaba la Ley castigar a las adúlteras.

San José fue el elegido de Dios para que se casara con la Virgen, por saber que era el más santo y que respetaría la virginidad de María, haciendo también él voto de perpetua castidad.

San José cuando se dio cuenta de que su prometida era la Madre de Dios, y que Dios quería que el la protegiera siendo su marido y el padre adoptivo del Mesías prometido, se emocionó tanto, que aquello le pareció ya la gloria y un anticipo del cielo.

Desde el mismo momento en que se enteró por el ángel de aquel gran misterio y de cuál era la voluntad de Dios, recibió a María en su casa, no como a una esposa, sino como a la Reina de cielos y tierra, como le correspondía a la Madre de Dios.

José hizo todo lo que Dios le mandó, protegiendo a la Madre y al Hijo, y trabajando en el taller, donde le ayudaba Jesús cuando ya fue un poco mayor, y así vivieron desconocidos de la gente, por lo que todos creían que Jesús era hijo de San José y los creían una familia normal.

No sabemos cuándo murió San José, porque el Evangelio no nos lo dice; pero sí es de creer que debió morir antes de que Jesús empezara su vida pública, y que su muerte aconteció en los brazos de Jesús y de María, por lo cual su muerte fue la más feliz y dichosa. Es patrono de la buena muerte. «José, cuando la agonía de la muerte me llegare, tu patrocinio me ampare».

A los treinta años

A los treinta años, cuando Jesús abandonó el taller y se marchaba para cumplir su misión salvadora, Jesús no se despidió definitivamente de su Madre, pues seguro le dijo que lo podría acompañar cuando quisiera, si bien Ella por no molestar y por no dejar su vida de recogimiento a la que estaba acostumbrada en Nazaret, prefería pasarlo en el pueblo donde tenía varios familiares y amistades que la apreciaban mucho.

Recordemos aquel pasaje evangélico de San Mateo, cuando estando predicando en la sinagoga de su pueblo Nazaret, decían algunos: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y los milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas entre nosotros? ¿De dónde le viene todo esto? Y se escandalizaban de Él» (Mt 13, 56-57).

Por el Evangelio sabemos que estos parientes de Jesús, que en hebreo se llaman «hermanos» eran hijos de una señora llamada María, casada con Cleofás Alfeo, como también confirma el historiador Hegesipo que debió escribir sus obras probablemente en el siglo II de la Iglesia.

Estos mismos parientes eran los que acompañaban a su Madre cuando nos dice San Lucas: «Vinieron a verle su Madre y sus hermanos, y no podían llegar hasta donde estaba Él por causa de la multitud que se apretujaban a su alrededor. Entonces alguien avisó a Jesús:

«Tu Madre y tus hermanos están fuera y quieren verte...» (Lc 8, 19-20). La Santísima Virgen no tuvo más hijos que a Jesús, y para que no haya confusión vamos a trasladar aquí la tesis del Dr. B.M.S.: «Hermanos» de Jesús. Esta expresión equivale a «primos o parientes» de Jesús, pues la palabra «hermano» tiene un sentido amplio en la Biblia, y muchos con razón traducen el nombre en griego «adelfoi» por parientes porque corresponde al nombre hebreo «ahim» que lo mismo significa «hermanos» como «parientes», paisanos, compañeros, amigos.

También tenemos que a Lot, se le llama hermano de su tío Abraham (Gn 14, 14). Y a Jacob, hermano de su tío Labán (Gn 29, 15). Y a los hijos de Ciá, se les llama hermanos de sus primas, las hijas de Eleazar (1 Cr 23, 21-22), etc. Ni en Hebreo, ni en arameo en que fue escrito el Evangelio de San Mateo e influyó en la catequesis primitiva aramaica en los otros evangelistas, no hay una palabra para designar «primo» y se emplea la palabra Aj (hermano) y la versión de los LXX traduce «adelfos», por hermano o primo.

Las bodas de Caná. María «mediadora» de todas las gracias.

Hoy es generalmente reconocido por casi todos los teólogos de la Iglesia católica que todas las gracias y favores que Dios nos concede a sus criaturas, nos las concede por la mano y la intercesión de la Santísima Virgen Nuestra Señora.

El primer ejemplo lo tenemos en los Evangelios, cuando en las Bodas de Caná, consiguió para los esposos el favor que necesitaban, consiguiendo de Jesús un gran milagro, aun cuando no era el tiempo de que empezara a manifestar sus milagros. Veamos el texto de San Juan (Jn 2, 1-11).

«Al tercer día se celebró una boda en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado a la boda con sus discípulos. Y, acabándose el vino, dijo la Madre de Jesús a éste: «No tienen vino». Jesús le dijo: ¡Mujer! ¿qué nos va a mí y a ti? Aun no ha llegado mi hora...»

Pero su Madre, a pesar de la aparente negativa, sabía por experiencia que Jesús nunca le negaba nada. Y es por eso que, con entera confianza, dijo a los sirvientes: «Vosotros haced lo que Él os diga».

Había allí seis tinajas para las purificaciones de los judíos, con capacidad cada una de dos a tres metretas (unos 36 litros). Jesús les dijo: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: «Sacad ahora y llevad al maestresala». Y ellos se lo llevaron. Apenas gustó el maestresala el agua convertida en vino, como no sabía de dónde era (pero lo sabían los criados que habían sacado el agua) llamó al esposo, y le dijo: «Todos sirven primero el vino bueno, y después, cuando han bebido bien, el menos bueno; pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora. Éste es el primero de los milagros que hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él».

Jesús, ante la petición de María adelanta su hora de hacer milagros o de considerarla en aquel caso Dispensadora de todas las gracias.

Santa María conocía bien el corazón de su Hijo, por eso les hizo llenar las tinajas de agua. Jesús ya no podía desairarla. Utiliza el agua destinada a lo mandado por la Ley, lavarse las manos y la vajilla antes de comer.

Es probable que aquel matrimonio fuese el primer matrimonio sacramento, el primero bendecido por Jesús. Una iglesia construida donde estuvo la casa de la boda, la recuerda todavía hoy.

Éste es el primer testimonio público de Jesús, con el que demostró que Él era el rey de la naturaleza y podía convertir el agua en generoso vino.

Entrada triunfal en Jerusalén
(Mt 21, 1-17; Mc 11, 1-10; Lc 19, 29-44; Jn 12, 12-19).

¿Acompañaba María a Jesús ese día en la entrada triunfal a Jerusalén? No lo sabemos, pero lo más probable es que sí lo acompañara. San Lucas en el capítulo 2, 41, nos asegura que la Sagrada Familia iba todos los años por las fiestas de Pascua a Jerusalén. Primeramente iban los tres; después que murió San José, iban juntos Jesús y María, y más tarde cuando la vida pública de Jesús, es seguro que María los acompañara todos los años, junto con las santas mujeres de las que nos habla San Lucas (8, 2-3) que solían acompañar a Jesús y le ayudaban con sus bienes. Veamos el texto de San Lucas:

Cuando se acercó a Betfagé y Betania, cerca del monte que llaman de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, diciendo: Id a la aldea de enfrente, en la que, al entrar, hallareis atado un borriquillo, sobre el cual nadie ha montado todavía; desatadlo y traedlo. Y si alguno os preguntara, ¿por qué lo desatáis? le diréis así: El Señor lo necesita. Fueron los enviados y hallaron todo como les dijo. Estando desatando el borriquillo, les dijeron sus dueños: ¿Por qué desatáis el borriquillo? Y ellos dijeron: Porque el Señor lo necesita.

Lo llevaron a Jesús; echaron encima del borriquillo sus mantos e hicieron que Jesús montara sobre él. Mientras Él caminaba, las gentes tendían sus vestidos sobre el camino. Cuando ya estaba cerca de la bajada del monte de los Olivos, comenzaron toda la muchedumbre de los discípulos, llenos de alegría, a alabar a Dios con grandes voces por los milagros que habían visto, diciendo:

¡Bendito el que viene, el Rey, en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas! (Sal 118, 26).

Algunos de los fariseos, que estaban entre la multitud, le dijeron: ¡Maestro, reprende a tus discípulos! Él respondió: Yo os digo que, si estos callan, gritarían las piedras.

Jesús llora sobre Jerusalén cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró por ella y dijo: ¡Oh, si tu conocieras en este día de hoy lo que había de darte la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras, y te estrecharán y apretarán por todas partes, y te derribarán por tierra a ti y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada.

¡Jerusalén, Jerusalén! Que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas y no has querido!

María en la institución de la Eucaristía

La entrada en Jerusalén debió ser fatigosa y agobiante. Las calles estaban atestadas de peregrinos y gentes que acudían a la fiesta de la Pascua; las plazas y las cercanías del Templo las llenaban los mendigos, los mercaderes y los curiosos, que habían llegado allí para presenciar el desfile de los sacerdotes y los vendedores de los animales para el sacrificio.

Al anochecer, Jesús y sus discípulos entraron en la sala que Pedro y Juan habían preparado para la celebración de la Pascua. Había sido degollado el cordero y asado al fuego; estaban aliñadas las hierbas amargas.

Jesús celebró la cena con los suyos e instituyó el sacrificio de la Nueva Alianza en su sangre, como memorial de su muerte: la muerte y la glorificación del verdadero Cordero que quita el pecado del mundo.

Mientras comían, tomó Jesús pan, y después de bendecirlo, lo repartió, dándoselo a sus discípulos dijo: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Y lo mismo después de haber cenado, tomando un cáliz, y dando gracias se lo dio, diciendo: «Tomad y repartíroslo: bebed todos de él, porque ésta es mi sangre. Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que se derrama por vosotros, la cual es derramada por muchos, para remisión de los pecados...» (Mt 26, 26-27; Mc 14, 22-24; Lc 22, 19-20). ¿Participó la Virgen María en esta cena? Nada dicen los Evangelios sobre esto. Tampoco consta que estuviese presente en el Cenáculo, como recordaba Juan Pablo II en la misa del 2-6-88. Pero aunque no tengamos documentos escritos, si tenemos en cuenta la importancia y la significación de aquella última Cena del Redentor, y si reflexionamos sobre el desarrollo normal de los acontecimientos salvíficos de esta noche, llena de misterios, podemos decir que es muy probable que María estuviera presente en el cenáculo. Es más: podemos afirmar también que Ella celebró la cena de la Pascua en esa misma noche. Sabido es que la celebración de la cena pascual comprendía a las mujeres, incluso a los niños, lo mismo que a los hombres. En este supuesto, ¿dónde celebró la Madre de Jesús la Pascua de este año? «Hay que dar por seguro que María, una vez que había ido en peregrinación a Jerusalén, estaba sometida a la obligación legal de tomar parte dentro de la ciudad en la solemnidad de la cena pascual».

Si María, como suponemos, se encontraba en Jerusalén con el grupo de las piadosas mujeres, no hay duda que celebró la Pascua en la misma instancia donde la celebró Jesús» (F. M. Willam).

María en la noche oscura

Según la expresión de San Juan de la Cruz, la «noche oscura» es el término empleado para indicar la mayor angustia y desolación sufrida.

Cuando prendieron a Jesús en el Huerto, sus discípulos huyeron y se dispersaron. ¿Dónde? ¿Quedaron tal vez escondidos entre los árboles hospitalarios del huerto, o volvieron presurosos hacia la ciudad por el torrente Cedrón para informar a los compañeros? Tal vez se encerraron en el cenáculo, como lo harían más tarde, el domingo, por miedo a los judíos.

Si volvieron al cenáculo, y si María se encontraba aún allí, se enteró por ellos de lo sucedido y de cómo Jesús había sido apresado y maniatado. En caso de haberse ausentado y haberse trasladado a otra casa, ¿cuándo se enteró de estos últimos acontecimientos?

Tal vez la informó el Apóstol Juan o Pedro, hacia la medianoche, cuando después de haber negado tres veces al Señor, derramando lágrimas de arrepentimiento y dolido en su corazón, salió furtivamente del palacio de Caifás. ¿Hacia dónde se encaminó? Probablemente hacia la casa donde se encontraba la Madre de Jesús. En cuanto se enteró María de lo que le estaba sucediendo a su Hijo: la corona de espinas, la flagelación, las burlas y las blasfemias y malos tratos, tuvo que experimentar las duras penas de la fe y aquella angustia mortal que le predijera Simeón: «Éste ha sido puesto para caída y para resurrección de muchos en Israel, y para ser una señal de contradicción, Y una espada de dolor atravesará tu alma...» (Lc 2, 34-35).

A lo largo de la vida había superado dificultades espirituales, y había pasado por las noches oscuras del espíritu, hasta sentir una particular fatiga del corazón, como la llamó el Papa Juan Pablo II. Todo eso no fue más que una preparación y una sombra, en comparación con la prueba que estaba experimentando en esos momentos… Era su Hijo el que había sido apresado en el Huerto de los Olivos, y era el Hijo de Dios el que estaba siendo ultrajado, azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas por la soldadesca a las órdenes de Pilato y Herodes, y humillado y ridiculizado por las autoridades civiles y religiosas.

¿Cómo confiar que Él sería el Salvador y Redentor de los hombres? Ella, firme en la fe, creyó y esperó contra toda esperanza. Su conformidad con la voluntad de Dios, no restó fuerza a su dolor, que partía su corazón. Estaba comenzando a sufrir las horas más tristes y más difíciles de su vida...». E. Llamas.

Se estaba cumpliendo la profecía: ¡Y una espada atravesará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones!

Encuentro de María con Jesús

Dice San Bernardino que para comprender el gran dolor de María a quien la muerte le va a arrebatar a su Hijo, es preciso poder comprender el grandísimo amor que esta Madre tiene al mismo. Todas las madres sienten como propias las penas de sus hijos. Por eso la Cananea gritaba al Salvador: ¡Ten compasión de mí! No le dijo que tuviera compasión de su hija, atormentada por el demonio, sino que simplemente le dice: ¡Ten compasión de mí! (Mt 15, 22).

Pero ¿qué madre amó jamás tanto a su hijo como María a Jesús? Jesús, al mismo tiempo que era su hijo amantísimo, era su Dios, el cual vino a la tierra «para encender todos los corazones en el fuego del divino amor» (Lc 12, 49) ¿Pues qué gran fuego encendería en el corazón de su Madre, tan pura y libre de todo afecto mundanal? Ella misma reveló a Santa Brígida que su propio corazón y el de su Hijo eran como una misma cosa. Pero que después, en el tiempo de la Pasión aquel volcán de amor, se convirtió en un enorme mar de dolor, por lo cual dijo San Bernardino que, aunque todos los dolores del mundo se reuniesen, nunca llegarían al de la bienaventurada Virgen María.

La tradición piadosa ha admitido desde muy antiguo que Jesús, que portaba la cruz, tuvo un encuentro con su Madre en la vía Dolorosa. El rezo del Vía-crucis lo conmemora en la cuarta estación. Este encuentro de la Madre más amable del mundo, con el Hijo digno del mayor amor, fue el suplicio más tremendo, como comenta San Ligorio.

La Madre quería abrazar al Hijo, pero los verdugos la arrojan con injurias y la arrastran de la presencia del adorable Jesús. María le sigue: ¡Ah Virgen Santa!, ¿dónde vais?, ¿al Calvario?

¿Y tendréis valor para ver pendiente de un leño al que es vuestra vida? ¡Ah Madre mía!, deteneos, le diría entonces Jesús.

¿A dónde os dirigís?, ¿a dónde vais? Si queréis acompañarme seréis atormentada con mi suplicio, y Yo con el vuestro.

Mas a pesar de que el espectáculo de la muerte de su Hijo le ha de costar un dolor tan cruel, la Madre va en pos de Él para ser también crucificada con Jesús.

Pregunta San Juan Crisóstomo: «¿Por qué Jesucristo en sus otras penas quiso estar solo, y para llevar la Cruz quiso que le ayudase el Cirineo? y contesta que la cruz sola de Jesucristo no basta para salvarnos si nosotros no llevamos también la nuestra con resignación hasta la muerte».

Ya lo había dicho Él: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» (Mc 8, 34).

La crucifixión de Jesús
(Mt 27; Mc 15; Lc 23; Jn 19)

«Le condujeron a un lugar llamado Gólgota, que significa La Calavera. Y le dieron a beber vino mezclado con hiel. Pero Él, después de probarlo no lo quiso beber... Y lo crucificaron. Era la hora de tercia cuando le crucificaron. Y con Él crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y el otro a la izquierda.»

Pilato escribió un letrero que estaba sobre la cruz: «JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS». Estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. Los que pasaban por allí le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo: «Tú que destruías el Templo y lo reedificabas en tres días, sálvate ahora a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz».

Todo el pueblo estaba mirando, mientras los príncipes de los sacerdotes se burlaban y decían: ¡A otros ha salvado, pues que se salve a sí mismo! ¿Es el Rey de Israel; pues que baje ahora de la cruz y creeremos en Él.

Uno de los malhechores le injuriaba desde la cruz y le decía: «¿No eres tú el Cristo?, pues sálvate a ti y a nosotros». Pero el otro lo reprendió, diciendo: «¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio? En nosotros se cumple la justicia, pues recibimos el digno castigo que merecemos; pero éste nada malo ha hecho».

Y volviéndose a Jesús le dijo: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino! Él le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Madre e Hijo

Había allí muchas mujeres mirando desde lejos. Y junto a la cruz de Jesús estaba su Madre y la hermana de su Madre María la de Cleofás y María Magdalena.

Viendo Jesús a su Madre y junto a Ella al discípulo a quien amaba, dijo a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo». Después dice al discípulo: «He ahí a tu Madre», y desde aquella hora el discípulo la tomó consigo.

Y Jesús, dando una gran voz, dijo: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu...».

María nuestra Madre: El Evangelio nos dice: «Jesús mirando a su Madre y al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: ¡Mujer, he ahí a tu hijo! Después dice al discípulo: ¡He ahí a tu Madre! Y desde aquella hora el discípulo la tomó consigo».

Con estas palabras Jesús hacía de María la Madre de todos los hombres. Quedaba nombrada Madre de Juan, Madre de los Apóstoles; Madre de la Iglesia naciente, y por tanto, Madre de todos los creyentes.

En esta solemne declaración de Jesús agonizante, Ella sintió que su corazón se extendía al infinito.

La sepultura
(Mt 27; Mc 15; Lc 23; Jn 19)

Llegada la tarde, como era víspera de la gran fiesta, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era senador, varón bueno, y justo, que se había hecho también discípulo de Jesús, pero oculto, por miedo de los judíos, y que esperaba también el Reino de Dios, y fue resueltamente a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.

Vino también Nicodemo, el que antes había visitado de noche a Jesús. Traía una mezcla de mirra y aloe, como cien libras.

Pilato se extrañó que ya hubiese muerto. Llamó al centurión y le preguntó si había muerto ya.

Informado por el centurión, concedió el cadáver a José.

El cual compró una sábana y lo bajó. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con aromas, como es costumbre sepultar entre los judíos.

En el sitio donde fue crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo excavado en la roca, en el cual aun no había sido nadie colocado, y como estaba cerca, sepultaron allí a Jesús.

Y corrieron una gran piedra sobre la entrada.

Estaban allí María Magdalena y la otra María sentadas delante del sepulcro. Las mujeres que le habían acompañado desde Galilea, siguieron de cerca y observaron el sepulcro y cómo era colocado el cuerpo.

Cuando regresaron prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según la ley.

Los judíos aseguran el sepulcro. Al día siguiente se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos y dijeron a Pilato: «Señor, nos hemos acordado que aquel impostor dijo cuando aun vivía: «Después de tres días resucitaré». Manda, pues, guardias para custodiar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: «Ha resucitado de entre los muertos. Y esta última impostura sea aun peor que la primera». Pilato contestó: «Ahí tenéis la guardia: id y guardarlo como vosotros sabéis». Ellos fueron y sellaron la piedra (la precintaron y le pusieron el sello real), y aseguraron el sepulcro con la guardia.

El sepulcro fue sellado y custodiado por sus enemigos. Dios lo quiso como una última prueba para los judíos, prueba de su resurrección a la cual también se cerraron. Como se cierran otros que inventan fábulas a su capricho. Que Cristo no murió, que lo sacaron los apóstoles, que huyó a la India. ¡Cualquier tontería es válida para no creer!

La Resurrección del Señor
(Mt 28; Mc 16; Lc 24; Jn 20)

Pasado el sábado, ya al amanecer del primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. De repente sobrevino un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, y llegando descorrió la piedra que cerraba el sepulcro, y dejándolo abierto, se sentó encima de ella. Su aspecto era como el de un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. Los guardias temblaron de miedo al verlo, y quedaron como muertos.

El ángel habló a las mujeres y les dijo: Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado; no está aquí, porque ha resucitado según dijo. Venid y ved el sitio donde yacía. Ahora id, aprisa y decid a los discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos», y sabed que va antes que vosotros a Galilea; allí le veréis, ya os lo he dicho.

Alejándose enseguida del sepulcro con miedo y con gran alegría, corriendo a dar la noticia a los discípulos. De pronto Jesús salió a su encuentro, y les dijo: ¡Salve! Llegándose a ellas, le abrazaron los pies, y le adoraron. Jesús les dijo entonces: No temáis: andad y avisad a mis hermanos que vayan a Galilea y allí me verán.

Los guardias sobornados

Mientras iban ellas, algunos de los guardias fueron a la ciudad y refirieron a los pontífices todo lo sucedido. Reunidos con los ancianos, acordaron en consejo dar bastante dinero a los soldados y decirles: Decid: «Sus discípulos fueron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos». Y si llegase esto a oídos del gobernador, nosotros le convenceremos y os libraremos de cuidado. Ellos tomaron el dinero, e hicieron como les dijeron, y se corrió esta voz entre los judíos hasta el día de hoy.

Antes de nada queremos añadir que a la primera que se le apareció Jesús después de resucitado, fue a su Santísima Madre. El Evangelio no dice nada; pero los santos doctores son unánimes en afirmarlo, y especialmente Santa Teresa de Jesús, que gozó de un trato tan íntimo con Dios, le dijo el Señor en una aparición que después, de resucitado, había estado mucho con Ella, consolándola y dándole ánimos, porque estaba muy triste y traspasada de la angustia de aquel incomparable dolor que Ella sufrió viéndole morir desangrado, colgado de la cruz.

María sufrió lo que no se puede comprender ni imaginar viendo a su Hijo colgado de la cruz entre inauditos dolores. Por eso Jesús en cuanto resucitó se apresuró a consolarla y compartir con Ella del gozo de su triunfo (Cuentas de Conciencia, 13, 12).

La Ascensión del Señor

Al hablar de la resurrección del Señor, me hubiera gustado hablar de todas las apariciones que nos relatan los Evangelios y que son preciosas; pero por falta de espacio, voy a resumir como lo hace San Pablo en su primera a los Corintios (15, 3-8), dice así: «En efecto, yo os he transmitido, en primer lugar, aquello que yo mismo he recibido: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado, y que fue resucitado según las Escrituras, al tercer día, que fue visto por Pedro, y después por los doce. Luego fue visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales la mayoría viven todavía, y algunos ya murieron. Después fue visto por Santiago, posteriormente otra vez por todos los apóstoles, y al fin, después de todos se me apareció también a mí».

San Lucas en los Hechos, 3, también nos dice que a los apóstoles se les apareció vivo después de su pasión con muchas pruebas evidentes, siendo visto por ellos por espacio de cuarenta días en los que habló del reino de Dios...

Dichas éstas y otras muchas cosas, estando en el Monte Olivete, a la vista de ellos fue elevado, y una nube lo oculto a sus ojos, y mientras tenían fijas sus miradas en Él, que se iba al cielo, dos varones con vestidos blancos se les presentaron y les dijeron: «Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que de en medio de vosotros os ha sido arrebatado al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo» (Hech 1, 9-11)

El día de la Ascensión estaban reunidos los discípulos en el Monte de los Olivos. Desde lo alto de la colina divisaban la ciudad santa; a lo lejos se destacaba la construcción del gran Templo en medio de los pórticos que lo rodeaban. Detrás sobresalían las torres del palacio de Herodes, y un poco al norte la cima del monte de la Calavera, que había coronado la cruz en la que clavaron el cuerpo dolorido de Jesús.

Acompañaban a los Apóstoles la Virgen María, los hermanos (primos) de Jesús y las piadosas mujeres que habían venido con Él desde Galilea. ¿Podemos pensar cuáles serían los sentimientos de la Virgen María en estos momentos de despedida de su Hijo. Ella había vivido los días pasados en una situación muy especial, mezcla de alegría por la gloria de la resurrección y de dolor por el recuerdo de todo lo pasado. Este dolor cobro un nuevo matiz a partir de la despedida de Jesús. ¿No tendría alguna palabra de atención para su madre, antes de despedirse de ella? ¿Quién puede dudarlo? Pero esa atención y ese gesto delicado, no le quitó toda la añoranza de irse con Él.

María en Pentecostés
(Hech 2, 1-22).

El día de Pentecostés tiene un significado singularísimo en la historia de la salvación. Es un acontecimiento de un rico contenido teológico, espiritual y pastoral. Son múltiples las consideraciones que se pueden hacer sobre su significado y sobre su dimensión salvífica y eclesial, En Pentecostés está reunida toda la Iglesia en torno a la figura de María, la Madre de Jesús.

Los discípulos y las mujeres, bajo la presidencia de María, se instalaron en el Cenáculo –lugar de tantos recuerdos–. Permanecieron allí en oración nueve días. No salían a la calle por miedo a los judíos, que les acusaban de haber robado el cuerpo de Jesús para fingir su resurrección. El menor ruido, les hacía sobresaltarse. Solamente María estaba calmada y serena. Ella animaba y tranquilizaba a aquellos hombres, temerosos de que en cualquier momento alguien viniera a arrestarlos.

La oración de la Virgen era más ardiente que nunca. Sospechaba el gran cambio que el Espíritu Santo debía realizar en aquellos hombres, iluminándolos y fortaleciéndolos, para que así fuesen verdaderos apóstoles.

La mañana del día décimo –día cincuenta después de la resurrección–, cuando rezaban juntos, se oyó un ruido parecido al de un fuerte viento. Vieron aparecer unas lenguas de fuego que se posaban sobre cada una de sus cabezas. Se sintieron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diferentes lenguas, las cuales desconocían minutos antes.

Aquellos hombres que la víspera temblaban de miedo, abrieron todas las puertas del Cenáculo, salieron fuera y Pedro empezó a predicar a Jesús resucitado.

Qué gozo y alegría embargaba a la Virgen. Esposa de Dios Espíritu Santo después de la Anunciación. María recibió su recompensa ese día de Pentecostés, al comprender claramente entonces toda su vida pasada. Admiraba la obra de Dios en aquella Iglesia naciente, a la cual tanto colaboró.

Pentecostés significa la manifestación del nacimiento de la Iglesia, y su presentación oficial ante el mundo entero, entonces conocido, representado en Jerusalén por gentes de todas las regiones. Pontos, Medos, Elámitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto, de Libia; de los confines de Cirene, y los romanos que residían allí: judíos, prosélitos, cretenses y árabes (Hech 2, 9-12).

¡Y el gran milagro: pues siendo tantos y de distintas lenguas, cada cual los oía en su propia lengua nativa!

La belleza de María

En los Hechos de los Apóstoles (17, 22-34), se nos habla del gran sermón del Apóstol San Pablo a los atenienses en el Areópago de Atenas. Se dice que la mayoría se burlaron de él; pero, sin embargo, hubo algunos que aceptaron la doctrina y se convirtieron, como Dionisio el Areopagita, y una mujer llamada Dámaris y con ellos otros más. Al parecer, San Dionisio llegó a ser un ferviente discípulo del Apóstol y le oyó decir tales cosas de María la Virgen, que nada deseaba tanto como poder subir a un barco y arribar en las costas de Israel, para poder encontrarse allí con tal excelsa Señora.

El padre Nieremberg, lo cuenta en su obrita: «De la Afición y Amor a María» Y dice así: «Uno de estos santos que viajaron tan lejos por ver a María fue San Dionisio Areopagita, que dejando su patria y casa, hizo un largo camino por sólo ver a la que tanto había oído, alabar a San Pablo; y luego que la vio quedó tan pasmado y fuera de sí, que la hubiera adorado por Dios, si no le dijera la fe lo contrario, y no se lo hubiera enseñado su maestro Pablo. Y así, en una carta que escribe al mismo apóstol, agradeciéndole que por su consejo y con el favor que le había dado para San Juan Evangelista había llegado a ver a María, dice esto "Digo la verdad delante de Dios, que no creí que fuera, de Dios se podría tener, ni entender por hombre alguno lo que yo vi, no sólo con los ojos del alma, pero con los del cuerpo; porque miré y remiré y con mis propios ojos a la deiforme y mayor sobre todos los espíritus celestiales, la Madre de Cristo Jesús, Señor nuestro, a la cual la benignidad de Dios, y la autoridad de la cumbre apostólica, la clemencia inagotable de la misma Virgen Santa me permitió ver. Digo y confieso otra y más veces delante de la omnipotencia de Dios, y de la clemencia del Salvador, y de la gloria y de la majestad de la Virgen su Madre, que cuando San Juan (cumbre del Evangelio y de los profetas, que aun habitando en su cuerpo resplandece como un sol en el cielo) me llevó a la deiforme presencia de la Santísima Virgen, fue tanto lo que un resplandor divino e inmenso me hirió por de fuera, o interiormente me llenó de mayor luz, y tan grande la fragancia de todos los olores y aromas, que cubrió todos que ni el cuerpo miserable ni el espíritu podían sufrir tantas muestras de la eterna felicidad...

Pongo por testigo a aquel Dios que estaba con la Virgen, que creyera que era Ella Dios verdadero, sino me hubiera enseñado otra cosa su divina doctrina..."». (Todo esto es de San Dionisio).

Dormición de María

Siendo Ella ya de anciana edad, viendo extendido por el mundo la fe y el nombre de su Hijo, encendida de amor y derretida de deseo de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida y la llevase a gozar de su bienaventurada presencia.

Oyó el Hijo los piadosos ruegos de la Madre, a quien siempre oye, y le envió un ángel con la alegre noticia de su muerte, la cual Ella recibió con gran júbilo de su espíritu, y lo descubrió a su querido hijo Juan Evangelista. Él lo dijo a los fieles que estaban en Jerusalén, y luego se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos a Jerusalén, y se juntaron en el monte santo de Sión, en la casa donde Cristo había celebrado la sagrada Cena e instituido aquella mesa real de su sagrado Cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu Santo había venido en lenguas de fuego.

La mayor parte de los fieles llegaron con velas y ungüentos aromáticos, como tenían de costumbre. Y para mayor gozo de la Virgen y consuelo de los Apóstoles, llegaron muchos cientos de cristianos de sitios muy lejanos donde ya habían llegado predicando los Apóstoles y tenían gran deseo de conocer a Nuestra Señora.

Cuando la Virgen Santa vio tantas almas ganadas para su Hijo que venían a venerarla, tuvo un gozo inefable, no por el aprecio que le demostraban a Ella, sino por saber que todo lo hacían por su Hijo muy amado.

Sintiendo una gran opresión en el pecho, debida al fuerte amor que sentía de hallarse ya muy cerca de su Hijo, se recostó en una humilde cama, y mirando a todos, que estaban con velas encendidas en las manos, con un aspecto más divino que humano, les hizo señas para que se acercasen, para darles su bendición, y los bendijo suplicando al Hijo que Él la confirmase desde el cielo y les diese aquellos bienes sempiternos que nunca desfallecen ni se acaban.

Todos se deshacían en lágrimas por la ausencia de tal Madre, y Ella los consolaba y decía: «Quedaos con Dios, hijos míos muy amados; no lloréis porque os dejo, sino alegraos porque voy a mi querido, desde donde no pienso olvidaros, y pediré mucho por vosotros».

Dio su alma a aquel Señor, a quien Ella había dado su carne, la noche antes del 15 de agosto, cuando tenía cumplidos setenta y dos años, menos veinticuatro días, según la más probable y verdadera opinión.

Entierro y Asunción de la Virgen

La llegada inesperada de los Apóstoles a Jerusalén, parece una coincidencia milagrosa. Algunos piensan que se reunieron para la celebración del Concilio de Jerusalén. La cosa es que, según la tradición más antigua y venerable, se reunieron todos allí, al rededor de la Santísima Virgen cuando Ella se disponía a morir.

La tristeza de los Apóstoles fue grande cuando al llegar encontraron a María en la cama enferma de amor suspirando encontrarse cuanto antes con su Hijo. Por otra parte se alegraban al percibir la alegría de la misma Virgen al conocer que ya estaba muy próximo el feliz encuentro con Aquel que era toda su vida y su amor. ¡Qué explosión de alegría y júbilo no sería para la Virgen, ver de nuevo a Jesús en el Cielo, contemplarlo con el cuerpo glorioso, ascendiendo hacia Él, brillando como el sol con el resplandor de la gracia!

«Una gran señal apareció en el Cielo: una mujer revestida del sol y la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas» (Ap 12, 1).

La Virgen rebosaba de júbilo pensando en su próximo encuentro con su amado Hijo, con el Padre, y con su divino Esposo el Espíritu Santo. La Virgen cerró los ojos y se quedó como dormida, con un rostro angelical. Los Apóstoles al verla todos lloraban más de emoción y de alegría por la felicidad que se le acercaba a María que por tristeza. Después se pusieron todos a cantar salmos, dando gracias a Dios por la gloria de la Virgen y por haberles permitido a ellos estar todos allí y haber podido experimentar este glorioso espectáculo. Después fue colocada por las mujeres en un bonito ataúd que fue llevado a hombros a cara descubierta hasta la sepultura que le tenían preparada en el Valle Josafat, donde igual que su Hijo reposó solamente tres días, según una larga tradición de la Iglesia católica, griega y latina.

Es también parte de esta tradición que uno de los apóstoles, Santo Tomás, el mismo que no estuvo en la primera aparición de Cristo en el Cenáculo, llegó tres días después, y rogando mucho a los santos apóstoles Pedro y Juan, que lo acompañaran a la sepultura para poder ver por última vez el rostro de Nuestra Señora, resultó que cuando llegaron y levantaron la piedra, hallaron el sepulcro vacío, y despedía de él tal fragancia de un divino perfume, que dejaba muy claro que la Reina de los ángeles y de los hombres, acababa de subir al cielo. Atónitos y consternados, rápidamente volvieron a Jerusalén y propagaron la gran noticia de que la Virgen había subido en cuerpo y alma al cielo.

Asunción de María al Cielo

Como ya hemos dicho, al tercer día llegó el Apóstol Santo Tomás, que no se había hallado a la muerte de la Virgen, y deseando ver y reverenciar el santo cuerpo, pidió que se abriese el sepulcro, permitiendo el Señor que viniese tarde, para que con esta ocasión se manifestase lo que sucedió. Porque abriendo el sepulcro no se halló el sagrado cuerpo, sino solamente la sábana bien compuesta y los lienzos con que había sido envuelto su cuerpo, los cuales ellos besaron; y cerrando el sepulcro, del cual salía un olor suavísimo, y más de cielo que de la tierra, llenos de gozo y de incomparable alegría se volvieron a la ciudad, teniendo por cosa muy cierta y averiguada que aquel cuerpo sacratísimo, unido ya con su alma gloriosa, glorioso y resplandeciente, había resucitado y subido al Cielo.

«Todas las generaciones la han aclamado bienaventurada» (Lc 1, 48). Desde la era apostólica, todos los cristianos del mundo hemos creído en su exaltación en cuerpo y alma a los cielos. Pero ahora el Papa Pío XII, en 1950 proclamó como verdad revelada lo que antes ya casi todos creíamos. He aquí un resumen de la proclamación:

La augusta Madre, misericordiosamente unida a Jesucristo desde la eternidad, en un mismo «decreto de predestinación» (Bula Inefábiles Deus), Inmaculada en su concepción, Virgen sin mancha en su divina maternidad, generosa socia del divino Redentor, que obtuvo un pleno triunfo sobre el pecado y sobre sus consecuencias, al fin, como supremo coronamiento de sus privilegios, fue preservada de la corrupción del sepulcro; y para que vencida la muerte, como antes por su Hijo, fuese elevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo, donde resplandece como Reina a la derecha de su Hijo, Rey inmortal de los siglos» (Pío XII, Munificentíssimus Deus).

¿Cómo estará la Virgen ahora en el Cielo? Ahora, según creemos por la fe, solamente hay dos personas humanas que están en cuerpo y alma en el cielo: Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen. Los demás bienaventurados, son espirituales, como dijo Jesucristo: «Todos serán como los ángeles de Dios en el Cielo» (Mt 22, 30; Mc 12, 25). Seremos como los ángeles hasta el día del Juicio final, cuando resuciten todos los cuerpos. Los que hayan muerto, en gracia de Dios resucitaremos gloriosos, y los que hayan muerto en pecado, resucitarán también, pero con cuerpos y almas monstruosos y horribles como los demonios. Por eso la Santísima Virgen cuando se apareció a Santa Bernardita en Lourdes, y en las apariciones a los tres pastorcitos de Fátima, se apareció hermosísima y resplandeciente como la luz.

María es coronada Reina universal de cielos y tierra

Cuando los artistas nos dibujan la imagen de la Virgen subiendo al Cielo, siempre nos la pintan en los brazos de los ángeles que la suben como si ella sola no pudiera subir como subió Jesucristo desde el monte Olivete.

María al resucitar gloriosa, tenía en supremo grado todas las cualidades de los cuerpos gloriosos, que, según la sagrada teología, son cuatro: impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad.

San Pablo lo explica así: «Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción. Se siembra en ignorancia y se levanta en gloria. Se siembra en flaqueza y se levanta en poder. Se siembra un cuerpo animal y se resucita en cuerpo espiritual» (1 Cor 15, 35-44).

El Catecismo Romano de San Pío V describe los dotes de gloria en los siguientes términos:

A) Impasibilidad.– La impasibilidad de los cuerpos gloriosos es una gracia y dote que hará que no pueda padecer molestia, ni sentir dolor ni quebranto alguno.

B) Sutileza.– Este don espiritualiza al cuerpo bienaventurado, pudiendo penetrar la materia sólida y volar a la velocidad del pensamiento por donde quiera el espíritu.

C) Agilidad.– Esta virtud libra al cuerpo de la carga que lo oprime ahora y se podrá mover hacia cualquier parte con tanta velocidad que no puede haberla mayor.

D) Claridad.– Este don consiste en cierto resplandor que rebosa al cuerpo de una eterna juventud y suprema belleza y felicidad del alma.

Todas las almas resucitadas en gracia de Dios percibirán en más o en menos manera de todos estos dotes de gloria, siendo mayores cuanto sean más santos y hayan adquirido en este mundo mayores méritos y mayor gracia de Dios. Por eso la Santísima Virgen que excede en gracia y virtud a todos los Santos, es la más hermosa y la más feliz de todas las criaturas, y ha sido coronada por el mismo Dios por Reina del Universo, y de todos los ángeles y santos.

La Iglesia nos invita a meditar sobre esta bella escena: Jesús recibiendo a su Madre y coronándola como Reina de cielos y tierra, de todo lo que existe, Reina de los ángeles y Reina de los hombres.

Ejemplo: Aunque no es dogma de fe, la Santa Iglesia ha declarado que la Santísima Virgen se apareció en Lourdes, en Fátima y en otros muchos lugares, donde los que la vieron aseguraron que era una jovencita hermosísima y resplandeciente como la luz.

María mediadora universal

La doctrina católica nos enseña que Jesucristo es nuestro único mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2, 5). Sin embargo, la Iglesia nos ofrece a la Virgen como «Mediadora Universal», delante de Jesucristo para que por Ella obtengamos todas las gracias.

Así que la misma Iglesia que nos enseña que Jesucristo es nuestro único mediador, nos dice también que, en un plano subordinado, Jesús quiere concedernos todas sus gracias por las manos de María. Como Mediadora en todo el buen sentido de la palabra, procurando, como asociada a Cristo Mediador, con intervención directa y personal, la reconciliación de Dios con los hombres.

Los Santos Padres, siempre han sostenido y defendido esta verdad, y así San Efrén la llama: «Perfecta Mediadora de Dios y de los hombres». San Basilio de Seleucia, la saluda, diciendo: «Dios te Salve, llena de gracia, Mediadora entre Dios y los hombres...».

San Juan Damasceno le dice: «Así como Jacob contempló el cielo unido con la tierra por los extremos de la escala, así también Tú, desempeñando el oficio de Mediadora, uniste lo que había sido roto».

Y San Antonio de Florencia, escribe: «Así como Cristo es Mediador nuestro, también su Madre es Mediadora porque procura la reconciliación de los hombres con Dios».

María, Dispensadora universal de todas las gracias

El gran teólogo dominico padre A. Royo Marín, dice: «La distribución de todas las gracias por parte de la Virgen María es una consecuencia lógica de su cooperación a la obra de la redención (o sea, a la adquisición de todas las gracias) y de su maternidad espiritual sobre todos los redimidos.

Según las enseñanzas de los teólogos, siguiendo las directrices del magisterio ordinario de la Iglesia, la Virgen María coopera dependientemente de Cristo en la distribución de todas y cada una de las gracias que Dios concede a todos y a cada uno de los hombres (cristianos o paganos), de suerte que se la puede llamar con toda propiedad y exactitud, Dispensadora Universal de todas las gracias que Dios concede a la humanidad entera.

Consecuencia: Dios ha dispuesto que todas las gracias que han de concederse a los hombres pasen por María, como Mediadora y Dispensadora universal de todas ellas. Por lo mismo, el verdadero devoto de María entra en el plan salvífico de Dios que lo ha dispuesto libremente así. Por consiguiente, la devoción a María es una gran señal de pertenecer al número de los predestinados.